

burgués, sea más diestro que vosotros. Ten, por ejemplo, Ejóff, ¿quién es? El se toma el derecho de juzgaros á vos y á toda la vida... No le falta audacia mientras que vosotros... ¡pchl! vosotros vivís como mendigos... vuestras distracciones son bestiales; en el infortunio sois dignos de lástima. Séres podridos... sería necesario verter fuego en vuestras venas, arrancaros la piel y echar sal en vuestras carnes, entonces, os pondríais á saltar.

Jacob Tarasovitch, pequeño, aviejado, la boca guarnecida de ruinosos dientes negros, calvo y el color sombrío, como si la vida le hubiese calcinado y ahumado, vibraba bajo la exaltación de su palabra inflamada. Lanzaba á su hija, bella, fresca y joven, palabras despreciativas y crueles.

Ella le miraba y se sentía culpable, le sonreía confusa y en su sér nacía poco á poco un sentimiento de veneración religiosa por aquel viejo tan lleno de vida y tan tenáz en su voluntad implacable.

*
**

Tomás continuaba llevando una existencia extravagante, pasando días y noches en los cafés conciertos y las tabernas. Sentimientos de odio y de desprecio hacia las gentes que le rodeaban, se arraigaba más y más profundamente en su corazón. Se hubiese considerado dichoso si en ellos hubiese encontrado una resistencia á sus malos instintos. Hubiese deseado encontrar un hombre con bastante valor, el alma bastante elevada para dirigir los reproches que él merecía y para detenerle en la pendiente en que se sentía deslizarse. Este deseo de ser socorrido por sus semejantes, se hacía más y más ardiente á medida que se enfangaba más en el vicio.

—¡Hermanos míos! exclamó un día que estaba

ante la mesa en un café-cantante, en medio de un grupo de gentes de mal vivir. ¡Hermanos míos! ¡Me aburro... me descorazonáis! ¡Pegadme... echadme! Sois canallas todos... pero entre vosotros existe al menos una solidaridad, mientras que yo siempre quedo abandonado de todos... ¿Por qué? Soy como vosotros... un borracho y un miserable, y sin embargo me tenéis á un lado... Lo veo bien... no soy de los vuestros... Os aprovecháis de mí lo más posible y me escupís cuando he vuelto la espalda... lo siento perfectamente, ¿por qué? ¿decid?...

No podía ser de otro modo. En su fuero interno, cada uno se consideraba como igual de Tomás, pero él era rico y esto era una superioridad que apartaba toda idea de compañerismo. A más de sus discursos los insultaba siempre y mostraba escrúpulos de conciencia que los alejaba de él. Se conocían también sus fuerzas físicas y su carácter violento. Ninguno de ellos osaba abrir la boca en su presencia.

Y sin embargo éste era precisamente el deseo ardiente de su alma enferma: encontrar un sér que tuviese el valor de tenérselas derechas, un hombre cuya palabra enérgica fuese la palanca que le echara fuera del abismo, hacia el cual rodaba y todo aquel barro que le salpicaba el corazón, y que por sus propias fuerzas se sentía impotente de arrancar.

En fin, Tomás encontró lo que buscaba. Un día en medio de una orgía, irritado por ciertas familiaridades, exclamó:

—¡Silencio, especie de chinches! ¿Quién os paga de beber y de comer? ¿Lo habéis olvidado? ¡Os refrescaré la memoria! ¡Os enseñaré á respetarme! ¡Bandidos! ¡Y cuando yo hable... que todos se callen!

Se callaron en efecto, aterrados ante la idea de no aprovecharse más de sus prodigalidades y temiendo también despertar al león dormido.

El silencio duró algunos segundos. Ahogando su cólera, se inclinaron sobre sus platos, en una actitud de humildad afectada y confusa.

Tomás los envolvió á todos en una mirada satisfecha, halagado por aquella obediencia servil y dijo con orgullo:

—Ea, ya estáis callados, perfectamente. Y que ninguno se menee, sabéis... ó si no ojo.

—¡Estúpido! pronunció una voz tranquila y fuerte.

—¡Cómo! aulló Tomás, saltando de su asiento. ¿Quién ha osado hablar?

Un hombre extraño, largo, vestido de levita, una gorra enorme sobre su cabeza no menos enorme, se levantó al otro extremo de la mesa. Mechas de cabellos crespos y rebeldes le cubrían todo el cráneo y en medio de su rostro amarillo é imberbe, se destacaba una larga nariz aguilena. Tomás le encontró parecido á aquellas viejas escobas de cuerdas, que sirven para lavar el puente de los barcos, y eso bastó para alegrar su furor naciente.

—¡Eres verdaderamente hermoso! exclamó sonriendo. Pero ¿por qué me injurias? ¿sabes siquiera quién soy?

El hombre, con gesto trágico, tendió hacia Tomás una mano de afilados y ágiles dedos, semejantes á los de un prestidigitador, y dijo con voz bronca:

—Eres una postema, resultado del vicio de tu padre, que, aunque ladrón, fué un hombre de bien si se le compara contigo...

Este apóstrofe provocó en Tomás tal cólera y tal indignación, que su respiración se cortó en el acto. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, se le salían de la cabeza y fué incapaz de articular una sola palabra.

El hombre, sin embargo, de pie frente á él, sopla, moviendo sus furiosas pupilas furibundas, bajo los párpados exangües.

—Tú exiges miras... ¡imbécil! ¿Las has merecido? ¿Quién eres? Un borracho, en camino de comerse la fortuna de su padre... ¡Salvajel! Tú deberías estar orgulloso de que yo, artista célebre, servidor desinteresado y fiel del arte, se digne beber el mismo brebaje que tú! Este brebaje es un cocimiento de madeira de sándalo y de melaza, mezclada con tabaco de rapé y que tú tomas por vino de Oporto. Esto basta ya para asegurar tus derechos á un premio de asnería y de estupidez.

—¡Ah! ¡Bandido! aulló Tomás precipitándose sobre el artista.

Pero varias manos le cogieron y le sujetaron antes de que le hubiese tocado. Revolviéndose entre el círculo que le estrechaba por todas partes, se veía forzado á escuchar, sin poder responder á ello, el discurso que fulguraba con voz ronca, el hombre que se asemejaba á una escoba vieja.

—Arrojas á las pobres gentes cinco céntimos del rublo que has robado y te crees un héroe. Eres dos veces ladrón: has ocultado el rublo y robas el agradecimiento por el céntimo que das. Pero el mío no lo tendrás. Me he entregado á este oficio ingrato que desenmascara los vicios y aquí me ves decirte descaradamente: eres un tonto, un mendigo, porque tu fortuna es escandalosamente grande. Esta es la última palabra de la sabiduría: ¡todos los ricos son pobres! Así es como el célebre cantante Rimski Cannibalski sirve á la Verdad.

Inmóvil y en silencio, en medio de las gentes que le sujetaban, Tomás escuchaba con una atención apasionada las palabras que fulminaba el artista. Experimentaba una sensación muy agradable, parecida á la que da una fricción calmante durante

un dolor de muelas. La asistencia se agitaba. Los unos trataban de calmar la elocuencia intempestiva del actor, otros trataban de llevarse á Tomás fuera de la sala. El los rechazaba dulcemente y escuchaba, absorto en el goce áspero de su humillación pública. Se sentía acariciada el alma por el sufrimiento nacido del discurso de Rimski y continuaba mudo, mientras que éste experimentaba una viva alegría viendo su insolencia permanecer sin castigo.

—Te crees señor y dueño de la vida... ¡tú no eres sino un vil esclavo del rublo!

Uno de los comensales tenía hipo, y muy descontento gruñía á cada espasmo. «¡Ah, dia-blo!»

Un personaje de barba inculta y de rostro gracioso enterneciéndose de la suerte de Tomás. Quizás también porque toda esta escena concluyó por enervarle. Se puso á implorar lamentablemente, gesticulando con ambos brazos:

—¡Señores! ¡cesad! Está muy mal. Cada uno de nosotros tiene sus pecados. Sin excepción, todos somos pecadores. Creedme.

—¡Habla! balbuceaba Tomás. Di todo. No te tocaré.

Grandes espejos colgados en la pared reflejaban esta escena de borrachera, y los individuos aparecían allí más feos, más odiosos aún que en la realidad.

—¡No quiero hablar más! dijo el cantante, no quiero tirar las perlas de la verdad y de mi furor delante de un sér como tú...

Se levantó, y con la cabeza erguida, se dirigió majestuosamente hacia la puerta.

—¡Ah! ¡lo que es eso no! clamó Tomás lanzándose en su persecución. Tú me debes una explicación después del suplicio que acabas de infligirme...

Pero se le rodeó de nuevo, se le sujetó, se esfor-

zaron en calmarlo, mientras que se revolvió, empujaba á todo el mundo, tratando de abrirse camino.

Cuando Tomás encontraba una resistencia real, la lucha obraba en él como un calmante. Todos los sentimientos que fermentaban en su sér, se fundían en uno solo; el deseo de echar por tierra el obstáculo que se le oponía en el camino.

Después de haberse sustraído á todos y una vez en la calle, se sintió más tranquilo. De pie en la acera, miró á derecha é izquierda y se dijo, avergonzado:

—¿Cómo he podido permitir á esta especie de estropajo ridiculizarme así é insultar á mi padre?

A su alrededor todo estaba en calma. Hacía luna y un vientecillo fresco le acariciaba el rostro. Tomás se puso á caminar á grandes pasos, exponiendo su rostro acalorado á la bienhechora brisa.

Miraba de cuando en cuando hacia atrás para asegurarse de que ninguno de sus compañeros le seguía. Sentía cuán bajo había caído á los ojos de todas aquellas gentes. Andando, se decía que su fracaso era también completo, porque él, hijo de un traficante estimado y conocido, había permitido al primer venido insultarle, sin hacerle pagar cara tal insolencia.

—¡No tengo más que lo que he merecido! se decía él con rabia reconcentrada. ¡Está bien hecho! No tenías más que no haberte rebajado... ves, ahora... Y á más tú lo has querido... lo has buscado... has provocado á todo el mundo... ¡Coge eso, ahora!

Y su corazón se contrajo.

Abismado en estas tristes reflexiones y completamente despejado, Tomás andaba recto, buscando un punto de apoyo en su corazón... Pero en su corazón todo era obscuro, vago... un sentimiento de confusa impotencia le invadía... Llegó en este estado de estupor á la orilla del río, se sentó en un

montón de tablas y se puso á mirar el agua tranquila y negra que el viento fruncía de arruguitas. El río inmenso deslizaba en silencio sus aguas tranquilas que acarreaban pesos enormes. Estaba lleno de siluetas de barcos, cuyas luces, así como las estrellas, se reflejaban en la superficie; pequeñas ondas ligeras llegaban á bañar sus pies y se deshacían con dulzura de caricia. Una tristeza calinosa caía del cielo, y la soledad, como una piedra pesada, aplastaba el alma de Tomás.

—¡Jesús! murmuró, levantando hacia el cielo una mirada distraída, ¡qué mal camino sigo! Dios no me ayuda... ¿Para qué valgo? ¡Jesús mío!

Estas palabras dirigidas á Jesús, casi instintivamente, le aliviaron en el acto; su aislamiento le fué menos amargo; suspiró profundamente y continuó:

—¡Divino Jesús! Hay más, muchos más que yo que no comprenden la vida, y creen saberlo todo, y la vida les es menos difícil... Pero yo no tengo apoyo... He aquí... la noche y estoy solo, no sé donde ir... No tengo nada que decir y nadie me escucharía... no quiero á nadie... No tengo más que el padrino... pero no tiene corazón... ¿Por qué no le castigas? Se imagina que sobre la tierra no hay nadie más inteligente ni mejor que él... y tú lo permites... Y yo también... Si me sucediese alguna desgracia... alguna enfermedad... Pero no soy fuerte como una encina... Bebo, me entretengo, me revuelco en el fango... El cuerpo no sufre por ello, pero el alma sola languidece... ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Para qué, tal vida?

Una á una se despertaban en su alma protestas tímidas y vacilantes. La noche se oscurecía y el silencio á su alrededor era cada vez más profundo. Una barca, atada cerca de la orilla, se balanceaba con un ligero ruido parecido á un gemido.

«¿Cómo librarme de esta vida? se preguntaba

Tomás mirando la barca. ¿Cuál es mi papel aquí abajo? Todos trabajan...»

Y una idea completamente nueva se apoderó de él:

«Cuanto más duro es el trabajo, es menos remunerado. Algunos se matan para ganar un rublo, otros no tienen más que mover un dedo para conquistar millares...»

Esta idea le procuró una sobreexcitación muy agradable. Le pareció haber descubierto en la humanidad una nueva mentira, una duplicidad que añadir á todas las que oculta con tanto cuidado... Se acordó de uno de sus maquinistas, Iliá, que se encargaba, por diez kopeks, de reemplazar á un compañero en la máquina, permaneciendo ocho horas seguidas en un calor sofocante que le secaba los pulmones. Un día, que agotadas sus fuerzas, se arrastraba á la popa, Tomás se aproximó á él y le preguntó por qué hacía aquel oficio de perro. Iliá le respondió grosero y tosco:

—Pues bien, porque un ochavo me hace más que á tí cien rublos... ¡Por eso!

Y el viejo, con estas palabras, le había vuelto la espalda moviendo penosamente su pobre cuerpo, quemado de fiebre.

El pensamiento de Tomás fué, sin esfuerzo, del maquinista á todos aquellos trabajadores, hombres de fatiga, y otros miserables que desempeñan trabajos rudos. Eso le pareció extraño. ¿Para qué viven? ¿Qué placer experimentan de vivir en este mundo? Hacer eternamente el mismo trabajo repugnante y duro, mal comer, apenas mal vestir... y beber... Algunos tienen ya sesenta años y trabajan como jóvenes. Su imaginación se los representó como un gran montón de gusanos royendo la tierra y buscando un alimento. Recordó fielmente sus relaciones con ellos, sus palabras y sus reflexiones so-

bre la vida... Todos empleaban á poco más ó menos el mismo lenguaje, ya embargado de una dolorosa ironía, ya de una sombría indiferencia... como sus canciones, llenas de melancolía y profundamente desesperadas. Con este recuerdo vió que Eflm había dicho á un empleado, venido á la oficina á tomar órdenes:

—Encontrarás á los campesinos de Lapuchinsk, allá abajo. Buscan trabajo: no les ofrezcas más de diez rublos por mes. Este verano les ha sido malo, y hoy se encuentran en una profunda miseria... consentirán seguramente en trabajar á este precio.

Recostado sobre las tablas, Tomás se balanceaba lamentablemente de adelante atrás, como la péndula de un reloj, y en la obscuridad surgían ante él siluetas familiares; marineros, maquinistas, empleadillos, camareros de café, mujeres borrachas y pintadas, todos los contertulios del café cantante. Pasaban como sombras chinescas y exhalaban un olor enmohecido y como de cosa encerrada. Era una masa compacta, silenciosa, y que se movía lentamente como las nubes en un cielo de otoño. El choque del agua tenía sonidos lúgubres que helaban el alma de Tomás. Un fuego llameaba á lo lejos, al otro lado del río; anegada en la obscuridad, aparecía como una mancha rojiza y vaga que se extinguía por momentos. Este resplandor no duró más que un momento y la obscuridad se hizo de nuevo.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! pensaba Tomás profundamente afligido y sonriéndose más y más angustiado. Soy parecido al fuego... completamente solo... como él... sólo que yo no doy ni calor ni luz, sino un humo acre y asfixiante. Yo quisiera encontrar á alguien inteligente... hablar á alguno... No puedo vivir así solo... No soy capaz de nada... Encontrarme con un hombre...»

En aquel momento, del medio de la corriente, en la noche, una masa enorme surgió, iluminada por dos grandes luces rojas, y encima, muy alto, por una tercera. Un rumor sordo llegaba á los oídos de Tomás, y la masa avanzó lentamente hacia él.

«Un barco que sube, se dijo. Lleva más de cien personas... y ninguna de ellas se preocupa de mí... Todas saben adónde van y lo que tienen que hacer... cada una de ellas comprende su destino. ¿Y á mí? ¿Quién me lo enseñará? ¿Dónde está el hombre que me hará luz?...»

Las luces del barco se reflejaban temblorosas en la superficie; el agua iluminada se separaba con un sordo murmullo y el barco parecíase á un pez formidable con aletas de fuego.

Algunos días transcurrieron y Tomás se puso de nuevo á beber, pero esta vez fué á su pesar.

Había tomado sabias resoluciones y se dirigía hacia un restaurant donde contaba no encontrar á ninguno de los compañeros de costumbre que por lo general iban á sitios menos lujosos. Pero las circunstancias engañaron sus previsiones. Cayó sobre su amigo el hijo del fabricante de alcoholes que se había llevado á Sacha. Este se precipitó hacia Tomás, le abrazó y le dijo alegremente:

—¡Qué dichoso encuentro! ¡Yo, que desde hace tres días me amodorro en una soledad odiosa! Ni un hombre conveniente en toda la ciudad. Ayer me he reducido á hablar con mozos de cordel... Gentes muy alegres... aunque, al principio, hayan querido echárselas de aristócratas... pero al cabo los he dejado borrachos como polacos... Hoy vamos á ofrecernos una segunda representación, lo juro por los capitales de mi padre. Voy á presentároslos. He encontrado también un periodista. ¡Aquél que os molestó tanto en un artículo! ¿os acordáis? Cómo se llama, ya? ¿Un muchacho bien raro? á fe mía. Le

daremos algunos rublos para que nos divierta. ¿Qué decís? También había traído conmigo á un camarero de café-concierto. A fe mía, que estuvo muy bien y hubo momentos que me divirtió mucho. Le decía de cuando en cuando: «¡Rimski, una cancioncilla!» Y acto seguido empezaba, y os aseguro que valía... Desgraciadamente ha desaparecido... ¿Habéis comido?

—Tedavía no... ¿Y Alejandra? preguntó Tomás ligeramente abrumado por la exuberancia de aquel joven, listo, rojo y vestido con excentricidad.

—¡Pse! exclamó con una mueca, vuestra Alejandra es una mujer antipática! Siempre sombría. Es abrumadora, ¡qué el diablo cargue con ella! Y fría como una rana. ¡Brr! No, voy á despedirla.

—Fría, eso es exacto, dijo Tomás pensativo.

—Cada uno debe cumplir con su empleo lo mejor que pueda, dijo el hijo del rico traficante de alcohol con tono doctoral, y la que se hace *entretenner* debe cumplir su deber escrupulosamente... si es una mujer de conciencia... ¡Vaya, un vaso de aguardiente!

Bebieron y naturalmente se emborracharon.

Por la noche una numerosa y estrepitosa sociedad se les agregó. Tomás borracho, pero triste y dulce, decía, con la boca llena:

—He aquí lo que comprendo: unos son gusanos... otros gorriones... Los gorriones son los que comercian... Se comen los gusanos... es el destino... Están hechos para ellos... Son útiles... ¿Pero yo y vosotros en general, para que servimos? No representamos nada y nuestra vida no tiene excusa... es inútil... Nadie tiene necesidad de nosotros.. ¿Además los otros para que han sido hechos? He ahí lo que sería necesario saber... ¡amigos míos! ¡Perecemos todos, os lo aseguro! ¿Y por qué pereceremos? Porque todo en nosotros es inútil, nuestras almas

están vacías.. y nuestra vida no sirve para nada... ¡Hermanos míos! Yo lloro... ¿para que valgo? Nadie tiene necesidad de mí. ¡Matadme... para que muera!.. Querría estar muerto..

Y vertía abundantes lágrimas, lágrimas de borracho enternecido.

Un hombrecillo negro, borracho también, se agarraba á él y trataba de abrazarle. Buscaba, evidentemente, recordarle algún recuerdo, dando golpes en la mesa con su cuchillo.

—Verdaderamente. Calláos todos, Escuchadle. ¡Dejad hablad á los elefantes y á los mamnuts! Estas son las santas palabras que pronuncia la apática conciencia rusa. ¡Ruge, Gordeieff! ¡Ruge contra todo!

Y se agarraba á los hombros de Tomás, se frotaba contra su pecho, elevando hacia su rostro una cabeza redonda, pelada, que se agitaba entre sus hombros.

Tomás no podía llegar á distinguir su rostro y se irritaba y le rechazaba gritando:

—¡Vete al demonio! ¿Dónde tienes los morros?...

Risas ensordecedoras embargaban la atmósfera. La voz del joven traficante de alcohol se ahogaba en su esfuerzo por dominar el ruido y gritaba á alguien, con la lengua torpe:

—Ven á mi casa. Cien rublos por mes, la comida y habitación. Palabra de honor. Deja el periódico... yo te pagaré mejor.

Todo lo que estaba alrededor de Tomás oscilaba con movimientos amplios y suaves. La gente se acercaba á él y se retiraba; el techo bajaba y el suelo subía. Parecíale á Tomás que iba á morir aplastado. Después se veía precipitarse á lo largo de un inmenso río que le arrastraba en su rápida corriente. Espantado, titubeando, se puso á aullar:

—¿A dónde vamos? ¿Dónde está el capitán?